

EL BERBES se mecaniza

Por JOSE RAMON MARTINEZ

A Vigo se le identifica hablando del Berbés. La crónica podría orientarse describiendo la misma impresión del forastero que llega por vez primera al Berbés. Sería el más exacto reflejo de aquel emporio de riqueza, donde a diario se trafica con cientos de toneladas de pescado de todas las clases; de aquel hormiguero humano, donde cientos y cientos de personas de ambos sexos trabajan afanosamente con un sello de despreocupación que aparenta laboreo personal y libérrimo; de aquel ir y venir de cestas o patelas, carros y cajas, camiones y trenes; de aquel incesante atracar y desatracar de barcos de todas clases y tamaños, en cada uno de los cuales, hombres enracimados trasiegan la pesca con ese último baño de agua salada, que parece el ¡adiós! amoroso al fruto de sus peligrosos trabajos.

Un escalonado trajín que comienza cuando apenas atraca el barco que llega de la mar, y el patrón de pesca, el primero en saltar a tierra, recibido por el armador o propietario de la embarcación, se dirige a la Lonja con un pequeño cesto, en el que lleva «la muestra» de lo que trae. Por el camino, patrón y armador se van poniendo de acuerdo sobre la cantidad, calidad y cotización en la rula. Y al llegar allí, donde los compradores aguardan pulsando ya el timbre del reloj automático de subastas que les adjudicará la partida que interesa, depositan la muestra en el receptáculo, a la vista de todos. Una ligera ojeada basta a los expertos compradores para saber si es buena la clase del pescado y si viene en buenas condiciones para la exportación.

Comienza el gran reloj a funcionar, señalando un precio máximo por kilos o por cajas de 40 kilos cada una. Se entabla el sordo pugilato, no exento de emoción, a medida que la aguja va descendiendo, para contento de los compradores y malestar del patrón y del armador. ¡Se detiene, al fin, la aguja! Señala un precio, y en otro cajetín inmediato surge el número del adjudicatario; si hubiera varios, figuran sus números por riguroso orden de decisión en la compra. Se adjudica la pesca que conduce el buque, y entonces ya entran en juego las distintas dependencias que funcionan en el mismo edificio de la Lonja.

Las oficinas de la casa contabilizan las cantidades vendidas; las sucursales de los Bancos comienzan a abonar cheques para que los pescadores «a la parte» salgan de inmediato hacia sus hogares con el producto de su trabajo; las cabinas telefónicas se ven invadidas para ofrecer lo acabado de adquirir a los asentadores de Madrid y de otras localidades de la Península.

Mientras tanto, la pesca es descargada del buque directamente a las cestas del comprador y trasladada a los departamentos cercanos, donde una legión de mujeres especializadas dan a cada pez el corte preciso, hacen la extracción de las vísceras corruptibles, lavan con agua dulce la pesca, la van colocando con vertiginosa rapidez y curiosa habilidad en las cajas, que luego han de llegar a los mercados de todas partes rebosando hielo.

Todo ello, sobre la marcha; con eslabones perfectamente unidos. Cientos de toneladas de pescados de todas clases se manipulan así todos los días, ora de los barcos llamados «bakas», que navegan solos al besugo, al jurel o a la sardina, con un día o dos de navegación; ora de los grandes «bous», o parejas, o tríos, o bacaladeros, con tres o cuatro meses de ausencia.

Para dar una somera idea de aquel movimiento marítimo a diario, basta saber estos datos oficiales sobre la flota pesquera del primero de los puertos pesqueros de España: Hay 186 parejas, 22 tríos, 47 «bous», 106 «bakas», 500 pequeñas embarcaciones, como boniteras, sardineras, besugueras, etc., que se ven aumentadas con las de otros lugares de las rías inmediatas, que acuden a la Lonja del Berbés porque es donde mejor suele cotizarse su mercancía.

He aquí el resumen del año último, traducido en esas elocuentes cifras, que parecen cantar el himno del trabajo fecundo y peligroso del mar:

En 1949 se subastaron en la Lonja del Berbés 46.002.526 kilos de pescado, cotizados en 204.420.976 pesetas. Teniendo en cuenta que no ha sido 1949 —como tampoco lo está siendo 1950— uno de los más prósperos años de producción pesquera, pues en el anterior (1948) se habían subastado en la Lonja viguesa 49.638.249 kilos de pescado.



Una de las grandes naves de embarque en el nuevo puerto del Berbés. Subasta del pescado en la Lonja, con el gran reloj automático al fondo; el reloj que señala los sucesivos precios de subasta. Mujeres encargadas de la preparación del pescado.

